

vinculante. En el libro de Esdras se cita el decreto real, donde se expresa claramente la voluntad política del rey persa:

Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, honorable escriba de la Ley del Dios de los cielos, etcétera. Yo mismo decreto que todos los israelitas que haya en mi reino, así como los sacerdotes o levitas, que deseen marchar contigo a Jerusalén, pueden hacerlo. El rey y sus siete consejeros te envían a inspeccionar Judá y Jerusalén con la Ley de tu Dios en la mano, y a llevar la plata y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido voluntariamente al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalén, además de toda la plata y el oro que puedas obtener en toda la provincia de Babilonia, así como las ofrendas que el pueblo y los sacerdotes entreguen espontáneamente para el Templo de su Dios en Jerusalén. [...] Y tú, Esdras, con el conocimiento que posees de tu Dios, dispón magistrados y jueces que administren justicia a todo el pueblo que está al otro lado del río, esto es, a los que conocen la Ley de tu Dios; y enséñasela a quienes no la conocen. Y que se juzgue si es reo de muerte, de exilio, de confiscación de sus posesiones, o de cárcel a todo aquel que no cumpla la Ley de tu Dios y la ley del rey (Esd 7,12-16.25-26).

Las posibilidades y facilidades dadas por Artajerjes I a Nehemías habían sido más bien el premio de un monarca a la fidelidad de su servidor, permitiéndole llevar a cabo un proyecto personal, que no interfería con las grandes cuestiones del gobierno persa. En cambio, la misión de Esdras tuvo un carácter muy distinto, ya que formaba parte directa de la política del imperio. Nehemías gozaba de una autonomía sustancial en el desempeño de su tarea, en cambio Esdras estaba promulgando una ley imperial con valor para todos los judíos que están «al otro lado del río», es decir, a partir del Éufrates, y no solo en Judá.

El estudio y la aplicación de la ley promulgada por Esdras, así como la actividad cultural del templo, constituían la primera y principal tarea de las autoridades de Jerusalén a lo largo del siglo IV a.C.

El santuario siguió siendo el centro de la vida cultural y política de Yehud. En esos años el sacerdocio fue adquiriendo una posición cada vez más predominante, de modo que a finales del siglo IV a.C. el Sumo Sacerdote asumió también el cargo del gobernador. Esta situación se mantendría en la práctica durante varios siglos, incluso tras helenización de Palestina, hasta el fin del sacerdocio sadoquita con la deposición de Onías III en el año 174 a.C.

III. LA RELIGIÓN EN LA ÉPOCA POSTEXÍLICA

1. La reconstrucción de templo. Ageo y Zacarías

El primer objetivo que se marcaban los repatriados que iban afluyendo desde Babilonia hacia Judá fue la reconstrucción del Templo. La promovían las autoridades religiosas y civiles. Los sacerdotes, tras la reforma impulsada por Ezequiel, veían la conveniencia de recrear un templo en el que se diera a Yahvé un culto adecuado. Por su parte, Zorobabel, en cuanto miembro de la dinastía davídica, veía en la reconstrucción una buena ocasión de aglutinar al pueblo en torno a sus raíces religiosas e históricas, lo que facilitaría los intentos de restauración monárquica.

Sin embargo había grandes dificultades que afrontar. De una parte, la mala situación económica de la tierra de Judá que, sin un gobierno fuerte que organizase mejor la explotación agrícola o el comercio, apenas permitía subsistir a una población menguada y depauperada. De otra, la inestabilidad que se vivía en el país como consecuencia de las tensiones por la posesión de la tierra, entre los que la reclamaban al regresar del destierro y los campesinos que la estaban explotando en las últimas décadas. A esto se sumaba la necesidad de construir casas para los recién llegados, y tantas cosas más. El caso es que, a pesar del interés positivo por emprender cuanto antes las obras de restauración del templo, estas se iban retrasando un año tras otro.

El impulso decisivo para romper las inercias y ponerse manos a la obra vino de la predicación de los profetas Ageo y Zacarías, que consiguieron motivar tanto a los dirigentes del pueblo como a la gente sencilla para que afrontasen los trabajos y perseverasen en ellos, sin dejarse intimidar por las trabas que obstaculizaban la reconstrucción.

El inicio de la predicación de Ageo, en el año 520 a.C., coincide con el comienzo de los trabajos. En sus oráculos insiste en que el templo traería la bendición divina al pueblo, y que la mala situación en la que se encontraban era consecuencia de la dejadez que habían tenido en emprender su construcción (cf. Ag 1,1-11), por lo que el comienzo no debía dilatarse más. Solo así cambiarían las cosas (cf. Ag 2,15-19). A la vez que despertaba al pueblo, también reclamaba el impulso de políticos como Zorobabel y de sacerdotes como Josué, que contarían con la asistencia del Señor (cf. Ag 2,4-5). En sus palabras, la reconstrucción del templo iría ligada a la restauración de la monarquía davídica (cf. Ag 2,23).

Por su parte, Zacarías comenzó su predicación algo después, en el 519-518

a.C., cuando las obras ya iban avanzando a buen ritmo. Su palabra visionaria transmitía un fuerte impulso de esperanza, al proclamar que se acercaba la entronización de Yahvé en su santuario como «Señor de toda la tierra» (cf. Zac 6,5). Zacarías, de origen sacerdotal, continuaría las enseñanzas aprendidas del «Deuteroisaiás» y de Ezequiel acerca del regreso de la gloria de Dios al templo, y con ella también la peregrinación de las naciones a adorar al Dios de Israel (cf. Zac 2,1-17), anunciado un gobierno de los «dos olivos», es decir, los dos ungidos, el rey y el sumo sacerdote, para servir al Señor de toda la tierra (cf. Zac 4,1-14).

Es posible que las esperanzas suscitadas con la construcción del Templo fueran unidas en muchos casos a un fervor nacionalista de restauración monárquica. Pero la pronta desaparición de la escena de Zorobabel, de modo tal vez trágico, hizo considerar que los planes de Dios iban por otro lado. De ahí que, después del apoyo inicial de Zacarías al rey y al sacerdote, al final en una visión simbólica el Señor le pide que recaude dinero para hacer una corona y ponerla en la cabeza del sumo sacerdote (cf. Zac 6,9-14). La reconstrucción del templo no iría ligada a la restauración de la monarquía, sino que el liderazgo del pueblo sería asumido por el sumo sacerdocio.

2. Florecimiento de una actividad literaria en torno al templo reconstruido

Una vez concluida la construcción del Templo, el sacerdocio sadoquita se hizo cargo del culto y llevó a cabo una labor integradora de las distintas fuerzas y sensibilidades de una comunidad social, que era muy heterogénea. En la sociedad que se estaba configurando en Yehud en torno al templo de Jerusalén iban a tener cabida y protagonismo, en primer lugar los sacerdotes, pero también los príncipes del pueblo y los cabezas de familia.

El consejo de ancianos se encontraba, en general, en posiciones más cercanas a la teología deuteronomista, que concedía una gran importancia a la actividad de los profetas. De algún modo continuaban la línea abierta por Jeremías, y seguían a los historiadores que, desde los años inmediatamente posteriores a la destrucción de Jerusalén y las sucesivas deportaciones, estaban poniendo por escrito una valoración de lo acontecido al pueblo desde su instalación en el país hasta el destierro de Babilonia.

Junto a ellos, el colegio de sacerdotes, herederos de la reforma impulsada por Ezequiel y muy interesados en todo lo relacionado con el culto y el santuario, también llevaban a cabo una intensa actividad literaria. En las dependencias del santuario se recogerían antiguos escritos, que se irían copiando y actualizando. En algunos casos, aún se pueden apreciar las huellas de revisiones deuteronomistas o sacerdotales que han quedado en los textos, y que se irían introduciendo de modo habitual en ellos, no solo en este momento sino también en otros sucesivos.

Las primeras recopilaciones de oráculos de Ageo y Zacarías, por ejemplo, pronto recibirían unos segundos estratos redaccionales con un lenguaje claramente deuteronomista. Serían introducidos probablemente poco después de su primera redacción, cuando el fracaso de las esperanzas nacionalistas de restauración monárquica invitaba a centrarse de modo prioritario en el cumplimiento de la ley, y a proyectar hacia un futuro más lejano el cumplimiento de esas profecías, y no en un sentido tan inmediatamente político como se había entendido en sus primeras lecturas.

3. «Tritoisaías»

Poco después de la conclusión de las obras del templo, en el 515 a.C., también estuvo muy activo un grupo que se mantenía fiel a las esperanzas de restauración y universalidad del «Deuteroisaías», aunque con una perspectiva más ajustada a la nueva situación en la que se encontraban. Es el autor de unos textos a los que se suele denominar «Tritoisaías», y emplean un lenguaje más metafórico, ajeno a toda referencia a acontecimientos políticos, y abierto a una esperanza en Yahvé que apunta a un futuro más lejano.

4. Sacerdocio y culto en el templo

En el nuevo templo, una vez consagrado y con una actividad cultural intensa, los sacerdotes eran los encargados tanto de las ceremonias de culto como de la dirección de las tareas administrativas. Siempre bajo la supervisión de las autoridades persas, que habían autorizado las obras y asumido parte de los costos de su construcción, aunque no intervinieran de ordinario en sus tareas. Lo habitual era que toda la actividad del santuario estuviese en manos del colegio de sacerdotes, bajo la dirección del sumo sacerdote.

En el templo preexílico existía la figura del «sacerdote principal» (cf. 2 Re 25,18). La denominación de «sumo sacerdote» comenzó a ser utilizada por aquellos que regresaban del destierro para designar un cargo que en esos momentos tenía unas facultades más amplias que el de «sacerdote principal». En el templo reconstruido, el «sumo sacerdote» era un miembro de la clase sacerdotal que asumía de modo permanente la suprema función cúllica en sustitución del rey, que había sido el que la había desempeñado antes del exilio. Así lo expresa el hecho de que fuera ungido (rito tradicionalmente reservado a la entronización real) en la ceremonia de su nombramiento. A partir de su unción debería ajustarse a unas normas muy estrictas para garantizar su santidad ritual (cf. Lv 21,10-15) y poder celebrar los rituales que le correspondían, especialmente para ejercer el privilegio exclusivo del que gozaba de poder entrar en el Santo de los Santos en el gran Día de la Expiación (cf. Lv 16).

En cuanto a la organización del clero, se siguieron las normas establecidas en el movimiento reformista de Ezequiel que distinguía entre los sacerdotes, a los que quedaban reservadas todas las ceremonias que se realizaban tanto en el templo propiamente dicho como en el recinto interior, y los levitas a los que correspondían las ceremonias del atrio exterior y otros servicios, como el de porteros, pero sin acercarse a las cosas más santas (cf. Ez 44,11-13).

El trabajo ordinario en el templo era abundante. La ofrenda diaria (*tamid*) que antes del destierro consistía en un holocausto por la mañana y un sacrificio de comunión por la tarde (cf. 2 Re 16,15), pasó a ser de dos holocaustos que, además, deberían ir acompañados por una ofrenda complementaria de flor de harina y una libación (cf. Ex 29,38-42; etc.), además de la oblación perpetua del sumo sacerdote (cf. Lv 6,12-16).

Junto a esos sacrificios y ofrendas que se realizaban en el altar de los holocaustos, es decir en el atrio exterior, en el recinto interior se ofrecía el incienso (cf. Ex 30,7-8), aceite para el candelabro (cf. Lv 24,1-4) y los panes de la proposición (cf. Ex 25,30).

Los sábados y las solemnidades se añadían otras ofrendas a las cotidianas, y se aumentaba también la cantidad de sacrificios. En el Día de la Expiación se celebraba una compleja ceremonia de purificación ritual del santuario (cf. Lv 16), y con cierta frecuencia, para expiar varios tipos de delitos, tanto voluntarios

como involuntarios, se ofrecían sacrificios expiatorios.

La actividad del templo, con su culto organizado de acuerdo con los reformadores sacerdotales, hizo que se prestase una mayor atención a las purificaciones necesarias para participar en él. También incrementó la actividad expiatoria por las faltas cometidas, e incluso por los posibles olvidos o negligencias que se hubieran podido deslizar. Los ritos de purificación se fueron introduciendo también en diversos momentos de la vida cotidiana como, por ejemplo, para purificarse de la impureza derivada del parto, y de muchas otras situaciones que según las normas sacerdotales lo requerían.

5. Salmos y proverbios

En paralelo a la intensa actividad cultural que se desarrollaba en el templo, también se estaba llevando a cabo también una intensa actividad literaria en su entorno, que habría de tener aún más importancia que el culto en la configuración de la vida religiosa de Israel.

La construcción del templo trajo consigo una modificación de costumbres populares que, con el paso del tiempo, habrían de dejar su impronta literaria. La provincia de Yehud no era demasiado extensa, por lo que cabe pensar que las ceremonias religiosas de tipo familiar que antes se venían haciendo en los campos y aldeas se trasladasen, en la medida de lo posible, a Jerusalén. Se trataba de celebraciones de acción de gracias por las cosechas, o por haberse visto libres de un peligro inminente. También las peticiones de ayuda al Señor ante las amenazas de los enemigos podían encontrar un cauce en la ciudad santa. En todas las peregrinaciones hacia Jerusalén para llevarlas a cabo, así como en las ceremonias del santuario, no faltarían himnos, cantos o lamentaciones que expresaran los sentimientos personales y comunitarios adecuados al momento. Así se fueron componiendo y añadiendo textos literarios a antiguas recopilaciones de himnos o cánticos para ceremonias de entronización real o de presentación de ofrendas en el templo, y se fue configurando una colección relevante de Salmos.

Por otra parte, tanto el santuario mismo como la propia administración persa necesitaban contar con sacerdotes y funcionarios que supieran escribir, y que tuvieran la capacitación necesaria para afrontar con prudencia y sabiduría las diversas situaciones a las que deberían enfrentarse y dar respuesta. Para eso se

fundaron escuelas en las dependencias del templo. En esas escuelas –habituales en las cortes reales y en los grandes santuarios de Persia, Babilonia o Egipto– se recopilaban las máximas de los sabios y se impartía formación sapiencial. En Judá ya se contaba con recopilaciones de material útil para esas tareas, como la que había hecho en su momento el rey Ezequías. En estas escuelas de escribas, funcionarios y sacerdotes, las colecciones de aforismos serían completadas con nuevas aportaciones de los maestros, y también enriquecidas por el contacto con los sabios que habían podido conocer en Babilonia o Egipto, hasta ir formando la colección de los Proverbios.

6. Integración de elementos deuteronomistas y redacción sacerdotal en la composición del Hexateuco

Sin embargo, la empresa literaria que más importancia habría de tener en el futuro fue la composición de una obra que habría de servir como referencia fundamental tanto para los habitantes de Jerusalén como para todos los judíos de la diáspora. Es posible que confluyeran diversos motivos de peso en la composición de esa gran obra. De una parte, el impulso prestado por la autoridad imperial aqueménida para que se fijase por escrito. A los persas les interesaba disponer de una norma de referencia aceptable por todos los judíos que evitase desavenencias entre ellos, de las que podrían surgir intrigas e inestabilidad social. En esos momentos era práctica jurídico-administrativa habitual en las distintas zonas del Imperio persa el conceder «autorizaciones imperiales» a las normas jurídicas de las comunidades integradas en sus provincias, de modo que en cada caso se pudieran regir de acuerdo con sus costumbres tradicionales sin sentirse coaccionados por un sistema extranjero. Es muy posible que, además del interés imperial, los propios responsables de la comunidad judía viesen en esa práctica una buena oportunidad para expresar sus convicciones comunes en un documento que consolidase su propia identidad. En cualquier caso, la feliz conjunción de ambos intereses contribuyó de modo muy directo a la composición de esta magna obra.

Teniendo en cuenta el contexto histórico en el que se llevó a cabo su redacción es razonable pensar que entre sus redactores habría que contar con personajes que tuviesen responsabilidades públicas, gozasen de la confianza de la autoridad persa y, además, fueran miembros representativos de los grandes

grupos que guiaban la comunidad judía, es decir, del consejo de ancianos o del colegio de los sacerdotes.

Como ya hemos señalado antes, los miembros del consejo de ancianos de ordinario mantenían posiciones cercanas a la teología deuteronomista. En su momento, el movimiento «deuteronomista» había apelado a la autoridad de Moisés y a la alianza establecida con Yahvé desde sus mismos comienzos (cf. 2 Re 23,1-3), y a la luz de sus prescripciones se había juzgado a las instituciones más importantes, tanto a los reyes como al culto, al escribir su relato sobre la historia de Israel desde que se asentó en su tierra hasta que llegó el exilio, es decir la llamada «historia deuteronomista». Ahora, esa misma perspectiva les podría servir para construir una historia fundacional del pueblo, que se remontase a sus propios orígenes, y que estableciera como base el «libro de la ley de Moisés» (cf. 2 Re 14,6). Se imponía, pues, retomar con todo su vigor las tradiciones sobre la liberación prodigiosa del poder de Egipto y la alianza hecha con Yahvé en el Sinaí, a las que se antepondrían las relativas a la vocación de Abrahán, a quien Dios pidió que abandone la tierra de Babilonia para ir al país que le ha prometido.

Dentro del proyecto original, las trazas redaccionales que han quedado en los libros indican que esta gran historia nacional, que comenzaría con los patriarcas, una vez narrada la epopeya del éxodo, seguiría de modo que pudiera quedar perfectamente engarzada con la «historia deuteronomista» ya existente formando un relato coherente que llegase al menos hasta la reforma de Josías.

En su conjunto, había dos acontecimientos fundantes de la propia identidad: las promesas hechas por Dios a los patriarcas y la liberación de Egipto. A la vez, se destaca la actuación maravillosa de Yahvé que, con sus promesas y hechos prodigiosos, había manifestado su vinculación a Israel de modo irrevocable, y la había distinguido de entre los demás pueblos con su elección. Y de ella nace una vinculación mutua a partir de la relación sellada en el Sinaí con la alianza, y que confluye en el don de los mandamientos y en la legislación del Deuteronomio.

El consejo de ancianos, al redactar o inspirar esta composición, también puso cuidado en insistir en la importancia de vivir en la tierra que el Señor les había adjudicado. Quizá ante los que en la diáspora aún eran remisos, e incluso muy reticentes, a abandonar la buena posición social en la que se encontraban para

ponerse en marcha en un viaje de destino incierto, se insiste en el poder de Dios para allanar el camino y facilitar que su pueblo regrese y tome posesión de su tierra. Tanto Abrahán como los que salieron de Egipto fueron llamados a ir a esa tierra que se les había señalado, y contaron con la ayuda divina.

En la composición de esta historia también se aprecia una peculiar simpatía por el fenómeno profético. Se desea para todo el pueblo una efusión del espíritu profético (cf. Nm 11,29), y el propio Moisés es presentado como un gran profeta (cf. Nm 12,6-8; Dt 34,10).

Tomando como base esa gran historia elaborada por los ancianos del pueblo, desde unas coordenadas que son herederas del pensamiento «deuteronomista», el colegio de sacerdotes llevaría a cabo la composición de una obra en la que se diera razón de la importancia del templo de Jerusalén y del culto que se llevaba a cabo en él, y que, a la vez, integrase toda la rica tradición religiosa conservada y expuesta en torno a la centralidad de la ley y la alianza.

En la reelaboración sacerdotal de esa historia previamente escrita, se aprecia la aspiración por enraizar en la historia de Israel la institución del templo y del culto como parte integrante e imprescindible de su religión. Por eso la narración del Sinaí se transformó en una presentación general de los orígenes del culto litúrgico. En la propia teofanía del Sinaí, Dios da instrucciones detalladas sobre cómo debería llevarse a cabo la construcción del santuario (cf. Ex 25,1-31,17). Una vez construido y consagrado, el texto incluye una larga casuística sobre los sacrificios y ofrendas, así como sobre la consagración de los sacerdotes, que llegaría a ocupar gran parte del libro del Levítico. El culto permanente garantizaba que el Señor estaría siempre cercano a su pueblo (cf. Ex 29,45).

En el retrato de Dios que dibuja esta redacción sacerdotal se evita lo que pudiera hacer referencia a la institución monárquica, y se ofrece a cambio la imagen de un Dios cercano a su pueblo en la manifestación de su propia gloria. Atribuyen la construcción del santuario no al rey, sino al propio Yahvé y a Moisés (cf. Ex 25,8; 40,33). Tanto el santuario como sus objetos fueron elaborados por artistas surgidos del pueblo, y fue financiado por las ofrendas generosas de los miembros del pueblo (cf. Ex 35,4-35).

La disposición de pueblo, tanto cuando acampa como cuando se pone en marcha, destaca la centralidad del santuario (cf. Nm 2). Quien preside y guía al

pueblo no es, como en otros momentos, el rey, sino el santuario y los sacerdotes a su servicio. A la vez se insistía de modo enérgico en que solo a ellos quedaban reservadas esas tareas, a las que ningún otro podía acceder.

La importancia concedida al templo también movió a los redactores sacerdotales a remontarse a los orígenes para fundamentar mejor todas sus enseñanzas. Para ello pudieron inspirarse en algunos modelos literarios babilónicos como el *Enuma Eliš*, en el que se describen los orígenes de todo lo que existe desde una lucha en el caos originario a partir del cual se configura la tierra firme, que culmina en la construcción del Esagila, el gran templo dedicado a Marduk en Babilonia. De ahí que en la composición sacerdotal se antepongan unos textos sobre los orígenes del mundo y de la humanidad, en la que el universo mismo es concebido como un gran templo en el que se establecen separaciones rituales entre luz y tinieblas, aguas de arriba y de abajo, mares y tierra firme, de modo que la historia que comienza por la creación alcance su culminación en la construcción y dedicación del santuario del desierto.

En su redacción, los miembros del colegio de sacerdotes van engarzando piezas narrativas que ilustran acerca de las bendiciones de Dios como fundamento de esperanza, o acerca de la cadencia en la acción creadora de Dios que exigía una respuesta del hombre para ajustarse a ese ritmo guardando el descanso sabático. Ayudan a entender que el creador había concedido una especial dignidad al ser humano, hecho a su imagen y semejanza, para que fuera su interlocutor y tuviese con él una relación estrecha y amistosa, pero que un día esa relación quedó muy dañada. De algún modo, Dios asume el empeño en reconstruir esa amistad y recomponer la relación amistosa, y lo hace primero mediante su alianza con Abrahán, después liberando a Israel de la opresión de Egipto, y finalmente a través de la construcción del santuario, donde el Señor se compromete a habitar en medio de su pueblo y permanecer cercano a él. El mismo hecho de que el relato comience con la creación del mundo y del hombre, y la llamada de todo hombre a la amistad con Dios, permite a los teólogos sacerdotales apuntar a la dimensión universal de la acción divina. Israel tenía una posición privilegiada en los planes de Dios, al servicio y para bien de todos los pueblos.

Con esta reelaboración sacerdotal sistemática, la historia pre-sacerdotal de

los ancianos del pueblo fue profundamente enriquecida. Esta magna obra literaria dotaba a todos los judíos que habitaban en el Imperio persa de una norma jurídica y de un punto de referencia común para su vida.

Este gran esfuerzo de recopilación de tradiciones y de ulterior síntesis teológica constituye un hito fundamental en la historia de Israel. Los ancianos y sacerdotes que guiaban al pueblo en la Jerusalén de la primera mitad del siglo V a.C. estaban poniendo las bases para una historia cargada de vitalidad religiosa. Pero la labor literaria puesta en marcha en ese momento y ampliamente desarrollada, aún sería objeto de diversas vicisitudes antes de alcanzar su forma final.

Una primera decisión de importancia que hubieron de tomar los redactores sacerdotales fue la de delimitar hasta qué punto de la historia pre-deuteronomista se debería llegar, asumiéndolo en la redacción de ese gran documento de consenso que sirviera como base común. Según parece, la primera opción consistiría en desgajar todo lo que pudiera considerarse una reivindicación de la monarquía y una justificación de sus fundamentos históricos, ya que probablemente no habría agradado a la autoridad persa, y era ella quien tendría que otorgar carta de ciudadanía a ese documento. Así pues, se optaría por limitarse a los fundamentos de la religión de Israel. De modo que el relato histórico se cerraría con el cumplimiento de las promesas divinas hechas a los patriarcas, y estas se hicieron efectivas con la toma de posesión de la tierra que Dios otorgaba a su pueblo, es decir con el libro de Josué. Quedaba así configurado esencialmente lo que se podría llamar el Hexateuco. Esto pudo suceder en la segunda mitad del siglo V a.C., tal vez en el contexto de la restauración de la vida civil en Judá y Jerusalén llevada a cabo por Nehemías.

7. Tensiones de transición entre universalismo y nacionalismo

En los años que siguieron a la reconstrucción del templo, el sacerdocio sadoquita que se hizo cargo del culto realizó una labor integradora de las distintas sensibilidades que había en el judaísmo, con una actitud de apertura a cierta dimensión universal. Pero con el paso del tiempo fue ganando terreno una tendencia nacionalista cada vez más excluyente.

A partir de las duras medidas tomadas por Nehemías en la reforma llevada a cabo durante su segunda misión, bien avanzada la segunda mitad del siglo V

a.C., se fue radicalizando la actitud del sacerdocio del templo. La apertura que había caracterizado el momento de su reconstrucción y dedicación, se iba trocando a pasos agigantados en un fuerte segregacionismo que llevaba a excluir del judaísmo a los no descendientes de exiliados, a la prohibición taxativa de los matrimonios con mujeres extranjeras, y a un renovado empeño por salvaguardar la observancia del descanso sabático. Pero esto suscitó un vivo debate.

Un testimonio de esas vacilaciones entre universalismo y nacionalismo se puede encontrar en el libro de Malaquías. En él se reprocha a los sacerdotes el haber abierto las puertas del culto a ofrendas no puras (cf. Mal 1,10), pero como esto no debería suponer un oscurecimiento de la dimensión universal que corresponde a la acción del Dios de Israel se añade inmediatamente:

Desde donde sale el sol hasta el ocaso grande es mi Nombre entre las naciones. En todo lugar es ofrecido incienso y una oblación pura a mi Nombre, porque mi Nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos (Mal 1,11).

En realidad, para Malaquías lo que hace impura la ofrenda no son tanto las cuestiones rituales, sino las morales: la mentira, el fraude, el adulterio y la opresión de los necesitados.

Las duras medidas tomadas por Nehemías en su segunda misión acerca de la prohibición de matrimonios con mujeres extranjeras, o las dirigidas a salvaguardar la estricta observancia del descanso sabático, no fueron bien acogidas por una parte notable de la sociedad judía.

En ámbitos críticos con estas medidas se escribieron obras donde se ponía de manifiesto que Dios cuida también de otros pueblos y quiere su salvación, siempre que se aparten de las malas obras, como sucede en el libro de Jonás, o se relativiza la importancia de casarse solo con mujeres judías, como en el libro de Rut, en el que se presenta al rey David como descendiente de una mujer moabita.

A lo largo del siglo V a.C. la rica reflexión teológica sobre los fundamentos de la religión de Israel se apoyaba en la unicidad de su Dios, único Dios verdadero, y en la alianza establecida con Israel para que fuera el pueblo de su propiedad en medio de todas las naciones, de modo que la salvación para toda la humanidad habría de venir mediada por Israel. Las leyes, normas, preceptos y decretos en

los que se concretaba la alianza tenían una razón de ser en ese marco general de los compromisos entre Dios y su pueblo.

En el fondo, en la religión de Judá en estos momentos universalismo y particularismo solo tienen diferencias de matiz acerca del mejor modo de llevar a cabo la misión de Israel en el concierto de las naciones, pero ambas visiones comparten como esencial la necesidad de dar culto en exclusiva al único y verdadero Dios.

8. Los libros de las Crónicas

En la corriente de reflexión sobre los fundamentos de la religión israelita impulsada por las reformas de Nehemías se compondría una historia redactada desde esos nuevos parámetros, que es la que conservamos en los libros de las Crónicas.

A diferencia de la narración ya existente de la «historia deuteronomista», llevada a cabo tiempo atrás por los ancianos del pueblo, esta nueva versión se lleva a cabo en ambientes cercanos al templo. Así lo refleja su interés persistente tanto por las cuestiones del santuario como por las funciones de sacerdotes y levitas en su servicio.

Esta historia valora los sucesos a la luz del principio de retribución. La norma de que «si sucede algo malo, es porque se ha hecho algo mal» le permite dar razón de algunos hechos históricos difíciles de explicar. Así sucede, por ejemplo, con la muerte de un rey piadoso como Josías acaecida de modo imprevisto en el campo de batalla. El cronista explica que «no escuchó las palabras de Necó que venían de Dios y entró en combate en el valle de Meguido» (2 Cr 35,22), y por eso murió. Sin embargo, el principio de retribución rígidamente aplicado, como sucede en los libros de las Crónicas, a la valoración de los hechos de la historia de Israel, planteará después no pocos problemas.

En esta nueva historia se ignora deliberadamente lo sucedido en el reino del norte, ya que sus habitantes habían sido rechazados por Dios y nunca volvieron a su tierra. Tampoco toma en consideración el que hubiese judíos que se quedaron en su tierra después de las deportaciones babilónicas, y siempre permanecieron en ella. Para sus redactores, la historia judía es la historia del pueblo cuyos miembros fueron todos al exilio (cf. 2 Cr 36,20). Solo quienes

habían regresado del exilio podían ser considerados judíos.

9. Delimitación del Pentateuco

A partir de la misión de Esdras, hacia el año 398 a.C., los aspectos jurídicos y legales cobrarían mayor importancia. La tarea de Esdras consistió principalmente en establecer una ley, sancionada por el rey de Persia, a la que los judíos ajustarían su comportamiento allá donde estuviesen dentro su imperio (cf. Esd 7,25). Esta ley no obligaba, pues, solo en Jerusalén ni en la provincia de Yehud. Por lo tanto, no era esencial habitar en la tierra de Israel para vivir como un verdadero judío.

Es posible que en ese momento, al perfilar el documento que serviría como ley imperial a todos los judíos allá donde estuviesen, se desgajase el libro de Josué del gran documento fundacional de Israel. De este modo, la tierra dejaba de ser algo imprescindible y la norma jurídica pasaba a ser lo esencial. Se llega así a lo que, ya con pocos retoques posteriores, sería la Torá o Pentateuco.

10. Los libros de Esdras y Nehemías

A lo largo de la primera mitad del siglo IV a.C. es cuando, a partir de las memorias de Nehemías y Esdras, así como de diversos documentos del Imperio persa conservados en Jerusalén, se compondrían los libros de Esdras-Nehemías. En ellos Esdras es presentado como guía e inspirador de la reforma religiosa de Nehemías, confirmando así la superioridad de la misión de Esdras por encima de la de Nehemías. Esto responde a la situación del momento.

Se suele afirmar que con Esdras nace una realidad nueva que es el judaísmo, un modo de vivir la religión en una comunidad centrada en el cumplimiento de una ley, la Torá, en donde se encuentra todo punto de referencia para la relación con Dios, y para la organización de la vida personal y social. Esa ley no es considerada solo como una norma jurídica, sino como manifestación de la voluntad divina.

La tendencia al legalismo y al exclusivismo que caracteriza al judaísmo nace del empeño positivo por preservar la propia identidad y por permanecer fieles a lo que constituye su fundamento.

11. Una sociedad teocrática. Redacción final del Pentateuco

En los últimos años de la época persa el judaísmo se va configurando cada vez más como una sociedad teocrática, en la que el poder religioso, y cada vez más también político, es detentado por el sacerdocio, en el que la figura del Sumo Sacerdote llega a ser máximamente relevante como cabeza visible del pueblo.

Los últimos retoques del Pentateuco se realizaron posiblemente en este contexto, para hacer de la Torá la referencia fundante de Israel. No se trata de una nación formada por unas gentes que viven en un territorio, sino un pueblo unido por unos vínculos religiosos.

Cuestiones abiertas

Una cuestión clásica de este periodo es la relativa a la datación de las misiones de Esdras y Nehemías, lo que conlleva el establecimiento de en qué orden tuvieron lugar. Como ya hemos proporcionado los datos principales al hablar de ellos, nos limitamos aquí a señalar que sigue siendo uno de los puntos en los que se sigue investigando con el objetivo de clarificar con precisión los acontecimientos.

También se especula desde hace tiempo con el contenido de la «ley de Dios» leída por Esdras en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (cf. Neh 8,3.8.14-18). ¿Se trata solo del Deuteronomio? Un cierto paralelismo con Dt 31,9-13 podría sugerirlo. Pero en el contexto de la misión de Esdras, ¿podría ser la que por decreto de Artajerjes se impone como norma a todos los judíos del Imperio persa (cf. Esd 7,25-26)? En ese caso, ¿se trata del todo el Pentateuco, o aún no tenía su forma actual? Se han propuesto varias soluciones, pero aún no hay un acuerdo total entre los investigadores, ya que la respuesta depende en gran manera de las hipótesis con las que se trabaje en el análisis histórico-crítico de los textos bíblicos.

Además de esas cuestiones que se llevan debatiendo desde hace décadas, en los últimos años han surgido otras derivadas de las diversas explicaciones propuestas para explicar el proceso de composición de los grandes bloques narrativos de la Biblia, como respuesta a peculiares situaciones vividas en la época persa. Según estas hipótesis, todo lo narrado en el Pentateuco y los Libros Históricos del Antiguo Testamento sería pura invención literaria.

Las tradiciones antiguas acerca de la conquista de la tierra habrían sido

reinventadas para presentar un modelo que justificase la supremacía de los habitantes que llegaban desde el destierro sobre los pobladores de esos territorios. La unidad requerida en los relatos de Josué para la conquista sería una llamada a la colaboración de todos los que regresaban ante las dificultades reales con las que se estaban encontrando para recuperar sus tierras. La salida de Egipto sería un modo de hablar de la liberación de la servidumbre del pueblo en un país extranjero (Babilonia, por ejemplo). La peregrinación desde la salida de Egipto hasta la conquista del país, en un largo camino por el desierto, podría ser una narración del modo en que podría ser imaginado por grupos de judíos que ya estaban establecidos en ciudades (Babilonia o Jerusalén) el itinerario de los que regresaban al país, por tierras áridas y superando todo tipo de dificultades. Los relatos acerca de los jueces estarían reflejando un modelo de funcionamiento de un país sin rey, con grupos humanos que podrían reflejar la estructura administrativa aqueménida. El debate pro y anti-monárquico de los libros de los Jueces y Samuel sería fiel reflejo de posiciones encontradas en la sociedad que se estaba configurando en el periodo persa acerca de a qué modelo tender en su organización. En esa línea el templo salomónico no sería sino una idealización de los orígenes del templo construido en Jerusalén bajo el dominio aqueménida, que daría solera a su culto y justificaría la distribución de tareas que se había impuesto entre sus funcionarios, y lo mismo sucedería con el tabernáculo del desierto. El contacto con la cultura, tradiciones y leyendas babilónicas habría sugerido los relatos del diluvio y de la torre de Babel, y el trabajo en las zonas fértiles que colonizaron los deportados en torno a Babilonia les sugeriría elementos para hablar del jardín del Edén.

En el mercado contemporáneo de ideas no hay coto para la imaginación. El lector que se acerca por primera vez puede quedar deslumbrado y desconcertado ante un panorama tan amplio y tan diverso, más de lo que quizá había imaginado. En cambio, cuando se analizan con rigor propuestas tan imaginativas, se observa la debilidad de su fundamento. Con frecuencia son ideas brillantes asentadas en un equilibrio inestable sobre dos o tres puntos de apoyo, pero que no aciertan a dar razón seria de los textos, a partir de datos comprobables. El mejor conocimiento de las circunstancias históricas de ese periodo, así como de los modos literarios más en uso, junto con un contraste serio de las propuestas, irá poniendo a cada una en su sitio.